

ARABES Y JUDIOS

Cuando en el año 70 de la era cristiana los romanos borraron del mapa la ciudad de Jerusalem con gran matanza de judíos, coronándola con uno de los sitios más horrendos que registra la historia, los árabes no pensaban todavía ocupar aquellas tierras.

Aquel pueblo elegido por Jehová y llevado a la tierra prometida, siempre se empeñó tenazmente en volver a la tierra que el Señor le indicara en posesión "a Abraham y a su descendencia para siempre". Persas, Babilonios, Caldeos y Romanos los persiguieron, los llevaron cautivos, pero ellos siempre volvieron con la máxima esperanza: reedificar a Jerusalem y restaurar el templo para el culto de Jahvé.

Desde la destrucción de Jerusalem hasta la fecha, ha transcurrido el más largo período, en que el empecinado pueblo tratara de volver a la tierra de sus mayores. Pero volvieron. De nuevo los emocionados combatientes pudieron regar con lágrimas el muro de los lamentos, último vestigio de las derruidas murallas. Y Jerusalem se unificó. ¿Volverán los judíos a reedificar el Templo de Jahvé? Nadie habla de ello. Por el momento, las preocupaciones económicas, militares y políticas no dan tiempo para ello. Solamente un grupo de 300 familias tradicionalistas, llamados "fanatics" por sus mismos paisanos, enclavados en un barrio miserable de la antigua Jerusalem, se empeña en sostener enhiesta la bandera de la restauración religiosa del pueblo de Israel. Sus ropas de luto, sus sombreros de alas anchas y su vivir primitivo, con las no menos tradicionales barbas, son un elocuente testimonio de sus propósitos altruistas y religiosos. No aprueban, ni las conquistas, ni la guerra, ni el dominio económico de sus hermanos de raza. Pero, en el momento de peligro, siempre estarán unidos, en defensa del objetivo supremo.

Los árabes, aunque raza semítica, no tienen una tradición tan antigua y milenaria, en su deseo de poseer esa pequeña tierra, tan mezquina y estéril en manos ajenas, tan fértil y poderosa en manos de los judíos. ¿Pensarán los árabes que son legítimos descendientes de los Amorreos, Jebuseos y demás tribus que habitaban la Palestina, con quienes lucharon los judíos antes de ocupar la tierra prometida?

Los países occidentales decretaron, con munificencia, como Ciro en otro tiempo, el regreso de los judíos a la patria de sus mayores. Estos se establecieron entre árabes recelosos, indignados o

EL DIABLO EN



LA BOTELLA

resentidos. Por esta causa, nunca un árabe podrá admitir fraternalmente a su hermano de raza, así como el nómada e intrépido Esaú, no pudo nunca admitir con buena cara a su astuto e ingenioso hermano Jacob, que le arrebatara la bendición paterna después de negociarla por un plato de lentejas.

El judío ha tenido y tiene la persuasión de que esa tierra le pertenece; vuelve cada vez, como a su propia casa, para cultivarla y embellecerla. El árabe vive en ella en la indigencia primitiva, a pesar de siglos de posesión.

El mundo árabe vociferó, insultó y preparó psicológicamente a sus hombres en contra de los intrusos judíos, para barrerlos del terreno palestino. Los judíos conscientes de su posesión y de su derecho inmemorial y de una ayuda sobrehumana, serenos y seguros, salieron a recuperar la tierra de sus mayores, sin alharacas, sin insultos, con la conciencia del propio valer.

Los hechos nos han deparado una sorpresa: los terribles beduinos, diestros en las armas automáticas, avezados jinetes, que leímos en las novelitas de adolescencia, no pasaron de ser empecinados francotiradores o arteros terroristas, fácilmente derrotables en el campo de batalla por los astutos comerciantes y políticos que supieron, en el momento de peligro, reavivar el amor a la raza y a la tradición hasta convertirse en diestros para la guerra.

¿MUJERES VENDEDORAS O VENTA DE MUJERES?

Es innegable la eficacia de la mujer para ciertos oficios y menesteres. Una camarera en un restaurante es más solícita y pulcra que el hombre; una enfermera es más atenta y comprensiva que un hombre; una secretaria es más detallista y ordenada que un hombre. Las cualidades netamente femeninas la hacen más humana y eficaz en aquellas actividades que requieren comprensión de las necesidades sociales. Pero es triste ver a una mujer bonita detrás de un producto, de un atado de cigarrillos. Ver a una minifalda treparse a un automóvil para demostrar que es la mejor marca. No se sabe si lo que se vende es la marca del producto o el físico de la mujer. La eficacia del objeto ofrecido parece medirse por el mayor o menor exhibicionismo de la incitante vendedora. Es la explotación de la mujer por el hombre. La atracción inconsciente que el sexo produce en el hombre, hace que su inclinación sea más proclive a usar aquel producto que le ha atraído más por la llamativa expositora.

La psicología publicitaria sabe muy bien cuándo la mujer insinuante ha de ser puesta detrás del producto que atrae a los consumidores fácilmente impresionables en materia de sexo. Las mujeres, por lo general, lo ignoran; por eso se prestan de sebo para llamar la atención con su cuerpo. Otras, por exhibicionismo, sienten placer en la atracción que producen en los ojos de los escandalados consumidores. Es una de las tristes maneras de ganarse la vida y de perder la dignidad.

EL CURA VIEJO Y EL CURA JOVEN

Una generación que pasa y la otra que tiende a ocupar su lugar, es un hecho tan antiguo como la historia de la Iglesia.

Los guionistas cinematográficos y los novelistas, con bastante frecuencia, han explotado este argumento, falto de originalidad. El cura tradicionalmente apegado a las costumbres y al atuendo de antaño, enfrentando al curita joven y simpático que atrae a adolescentes de ambos sexos porque viste ropa sport y maneja automóviles último modelo. Para mayor atractivo de la trama, siempre el joven ha de entrar en conflicto con el viejo, de lo contrario, el argumento carece de interés.

En las crónicas sobre el Sínodo Romano se repite el argumento. Los periodistas faltos de sindéresis para entender el mecanismo deliberativo de tal evento, suelen exaltar las ideas revolucionarias de un obispo de 43 años y del exagerado apego a lo tradicional de un cardenal de 79. Aunque no siempre las ideas renovadoras coinciden con la edad florida.

Lo que escapa a las mentes poco duchas de los periodistas es que un concilio o un sínodo no es una batalla campal, donde cada uno ha de salirse con la suya, cueste lo que cueste, como en las asambleas de los partidos políticos. Cuando en un concilio o en un sínodo se pone sobre el tapete una idea renovadora; se delibera, se somete luego a votación, dado que es la única manera de saber lo que piensan los hombres. Finalmente todos aprueban por unanimidad lo que es el sentir de la mayoría, porque es de mayor bien para la Iglesia. Del sínodo sale, por lo tanto, una sola idea que es la que todos han entendido ser la mejor para los tiempos que vive la Iglesia.

De una asamblea política, después de una votación, saldrá cada uno con la idea que entró y un poco más dispuesto a probar luego, en la práctica, que lo que pensaba su contricante es un error; y hará de su parte todo lo posible para obstaculizar al enemigo en la realización de su intento.